

Ambigüedad de luz

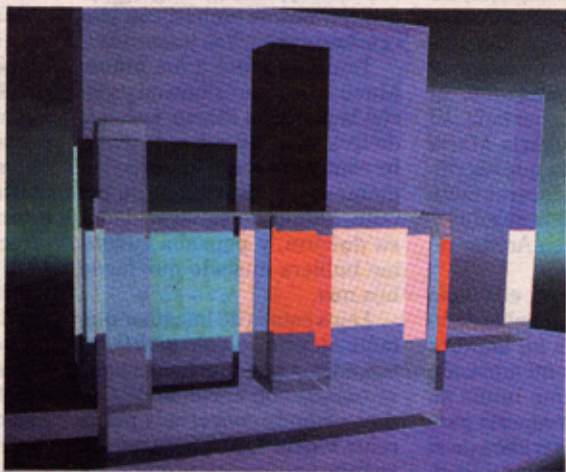
David Pellicer

Galería Punto

Christian Parra-Duhalde
Escenográficas y crepusculares, es decir cobijo de acontecimientos, de realidades, que o han ocurrido ya o están por verificarse, las pinturas de la serie *Twilight Cyclorama* son explícita carta de presentación, fruto de dos años inmerso en el tema, de David Pellicer (1977) en su primera individual con Punto.

De factura delicada orientada al tratamiento de la luz lindante a la realidad virtual de la simulación tecnológica, la obra de Pellicer se asienta en tres bases: el rectángulo, la agrupación de elementos escénicos, la atmósfera. El rectángulo, la caja, el cuadrado, refuerzan el carácter escenográfico, de cobijo de posibles realidades; la superposición geométrica da lugar a imágenes enigmáticas por representativas en su orden arquitectónico, urbanístico, vital pero mudo; la luz es omnipotencia que se anuncia o se evade en el tránsito de sombras y su imperio se extiende entre realidades, entre lo que fue y lo que será.

Con la impronta técnica del ciclorama, recurso teatral de cromatismo atmosférico, monocromáticas en su vocación transitiva, exentas de pleitos narra-



tivos merced al minucioso silencio del acrílico y el velo de resinas, las piezas expuestas poseen, están provistas —no obstante su planteamiento escénico, geométrista e inerte—, de halito vital y esto corroborado pictóricamente con dobles perspectivas y brotes cálidos, sanguíneos, sobre gamas frías, y, en particular, en un inquietante juego de distancias y cercanías que tanto se antoja pura ficción de luces conjuradas como actúa de cabal estímulo a miradas que otean en el silencio metafísico. Pintura, pues, de ambigüedades, la serie se posiciona fronteriza, polisemántica, en el crepúsculo que puede traer respuestas o preguntas, fines o principios de historias a discernir como testimonio o como augurio.